

daron al verla trasportados de gozo. El carro continuaba sin detenerse hasta que llegó al campo de un Betsamita, llamado Josué, y allí paró. Habia en este campo una gran piedra, y los Betsamitas hicieron pedazos la madera del carro, degollaron las vacas, las hicieron trozos, las pusieron sobre la madera, la encendieron y las quemaron en holocausto al Señor. Los cinco sátrapas filisteos asistieron al sacrificio, y despues de haber acompañado el arca del Señor, de haberla entregado, por decirlo así, en las manos de los Israelitas, y de haber presenciado la religiosa ceremonia del holocausto, se volvieron en el mismo dia á Acaron, una de las capitales de sus cinco satrapías.

Curiosidad y castigo de los Betsamitas.

Mandaba la ley una veneracion tan grande al arca santa, que no era permitido, ni á los mismos levitas, mirarla cuando estaba descubierta y menos tocarla, y esto se habia mandado con pena de muerte. Los Betsamitas, entre los cuales se contaban muchos levitas, desenvolvieron el arca santa de los velos que la cubrian, y no solo la miraron descubierta, sino que, segun parece colegirse del texto hebreo, la abrieron para ver el vaso del maná, las tablas de la ley y la vara de Aaron que se encerraban en ella. Irritado el Señor por este atrevimiento y falta de respeto al arca santa, hirió de muerte á cuantos se atrevieron á registrar, tocar ó mirar este santísimo testimonio de la alianza con su pueblo, y murió con este motivo una multitud de la ciudad y sus contornos. Se afligió y lloró todo el pueblo al ver tantos muertos, y dijeron los principales de Betsames: ¿Quién podrá estar delante de este Señor, Dios santo? ¿Y á quién subirá desde nosotros?

Se cree que mientras estuvo el arca del Señor entre los Filisteos fueron trasladados de la ciudad de Silo á

la de Nobé el tabernáculo, el atrio y todos los vasos sagrados, y por esto parecia que el arca debia ser llevada tambien á Nobé; mas no fué así. Los Betsamitas pusieron su vista en Cariatiarin, ciudad fuerte de la tribu de Judá, acaso por seguridad, y enviaron mensajeros á sus habitantes, diciendo: Los Filisteos han vuelto el arca del Señor; venid y llevadla con vosotros. No se asustaron los Cariatiaritas por la multitud de muertos que aun lloraban los Betsamitas, como los Acaronitas por las plagas de los Azocios, sino que luego pasaron los sacerdotes, los levitas y una muchedumbre de pueblo á Betsames, tomaron el arca envuelta en sus velos, la llevaron con el mayor respeto á Cariatiarin y la colocaron en la casa de un levita virtuoso llamado Abinadab. Tenia este un hijo cuyo nombre era Eleazar, y este fué el que destinaron para que guardase el sagrado depósito. Permaneció el arca santa en casa de Abinadab treinta años, hasta que en tiempo de David fué trasladada á la casa de Obedom, y á los tres meses á la ciudad de David, como veremos adelante. El tabernáculo con los vasos sagrados permanecian en Nobé cuando David, huyendo de Saul, tomó los panes de la proposicion, y despues fué llevado á Gabaon, donde ofrecieron sacrificios el mismo David y su hijo Salomon, hasta que se fabricó el famoso templo en Jerusalem, donde se ofrecieron hasta que fué destruido por los Romanos.

La restitution del arca de la alianza, aunque tuvo de costa á la nacion una multitud de temerarios Betsamitas, no por eso dejó de llenar de consuelo á todo Israel, que no acertaba á mirarse como pueblo de Dios, mientras que se hallaba privado de esta prenda de las bendiciones del Cielo; y por esto su vuelta se consideró como una nueva adopcion que el Señor hacia de él.

Despues de la derrota de Afec y la muerte del sumo sacerdote Helí, se trató de este sublime ministerio, y como los dos hijos de Helí, Ofni y Finees, que debian

sucederle, habian muerto en la batalla, fueron reconocidos sumos sacerdotes Abiatan hijo de Ofni y Aquitob hijo de Finees. Sin duda los Israelitas no habian quedado contentos con la blanda judicatura de Helí, y no pensaron en que siguiesen unidos los altos destinos de cabeza de la religion y del estado en una sola persona, y así no trataron de elegir por jueces, ni á Abiatan ni á Aquitob, sino que todos pusieron los ojos en Samuel.

SAMUEL, DÉCIMOQUINTO JUEZ.

Todo Israel desde Dan hasta Bersabé habia ya conocido que Samuel era fiel profeta del Señor, y todo Israel le proclamó á una voz por su juez. Para este supremo cargo le habia preparado el Señor con los prodigios de su nacimiento, con la educacion sacerdotal, con la pureza de sus costumbres, con el don de profecía y sobre todo con un ardiente celo por la gloria del Dios de sus padres, y el restablecimiento de su culto. Él tenia las prendas necesarias para emprender y conseguir felizmente; robustez para tolerar las fatigas, dulzura para ganar los corazones, reputacion para conservar la autoridad, valimiento con Dios y buen despacho á sus peticiones.

Samuel encontró la nacion poco mas ó menos que la habia dejado Sanson, ni del todo libre, ni del todo esclava, ni abandonada á la idolatría ni libre de ella. Los Filisteos despues de su victoria de Afec sin duda habrian vuelto á pedir las mismas servidumbres á que estaban sujetos los Israelitas antes de la muerte de Sanson, pero las plagas con que les castigó el Señor, mientras que tuvieron cautiva el arca santa, y la mortandad que las plagas causaron en todo el pais, todo esto les llenó de terror y les debilitó sumamente. Sin embargo conservaban algunas fortalezas en las tierras de los Israelitas, y con esto, aunque no se sabe que

les obligasen á continuar pagando tributo, les impedian que se juntasen y armasen. Por lo que miraba á religion, la dominante en Israel era la del Dios verdadero, pero no era la única. El Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob era el Dios de los hijos de Israel, pero una parte habia degenerado y adoraba, ó únicamente á los dioses falsos, ó juntamente al Dios verdadero, y esto segundo era lo mas comun entre los Israelitas idólatras.

Apenaba á Samuel la pérdida de una parte de aquella libertad que debia gozar toda entera el pueblo de Dios; le apenaba mas todavia aquella mezcla monstruosa de culto á Dios y á los ídolos, y deseaba poner término á entrambos males. Conocia bien que para hacer al pueblo religioso y libre, era necesario hacerle inocente, y con este conocimiento emprendió una reforma en todo Israel. Se retiró del templo, á cuyo servicio le habia dedicado su madre con un voto, para cumplir el nuevo y alto destino á que le habia llamado el Señor, y fijó su habitacion ordinaria en Ramata, su patria, para juzgar desde allí como desde su centro á todo Israel. Se edificó en Ramata un altar al Señor, donde se le ofrecian sacrificios para aplacarle y pedirle el perdon de su pueblo. Y á fin de facilitar mas su judicatura y exterminar la idolatría, visitaba todos los años las principales poblaciones, particularmente las de Betel, Gálgala y Masfa, donde fijaba su tribunal por temporada. No teniendo entera libertad para juntas generales, por aquel resto de dominacion que conservaban los Filisteos, las tenian menos numerosas, pero mas frecuentes, con el objeto de exhortarles á reconciliarse con Dios por la penitencia. Por estos medios consiguió una mudanza en los Israelitas extraviados, pero no la tenia por segura mientras que no viese los efectos de esta mudanza, y así les decia: Si os volveis al Señor de todo vuestro corazon, quitad de en medio de vosotros los dioses ajenos, los Baales y Astarotes

(los dioses y diosas de los paganos), y servid solo al Señor. En efecto los Israelitas idólatras derribaron y destruyeron los Baales y Astarotes, y sirvieron solo al Señor. Cuando Samuel vió confirmada con esto su mudanza, se determinó á tener una junta general de todo Israel sin temer ya á los Filisteos, porque Israel se habia vuelto al Señor. Convocad, dijo entonces, á los jefes de las tribus, convocad en Masfa á todo Israel para que yo ruegue al Señor por vosotros, y se juntaron en Masfa, donde Samuel rogó al Señor por ellos.

Derrota de los Filisteos.

Cuando oyeron los Filisteos que los hijos de Israel se habian reunido en Masfa, juntaron sus tropas y subieron bien armados á pelear contra ellos. Temieron los Israelitas este encuentro, y como Samuel era su amparo y su consuelo, luego vinieron á él, diciendo: No ceses de clamar por nosotros al Señor nuestro Dios para que nos libre de las manos de los Filisteos. Tomó, pues, Samuel un cordero de leche, le ofreció entero en holocausto y clamó al Señor por Israel, y el Señor le oyó. Aun estaba Samuel ofreciendo el holocausto, y rogando al Señor por los hijos de Israel, cuando los Filisteos principiaron el combate contra ellos; pero el Señor en aquel día tronó con espantoso estruendo contra los Filisteos y los aterró, y fueron derrotados en el combate con Israel, y los Israelitas los fueron persiguiendo y acuchillando hasta mas abajo de Bethcar, donde la noche puso fin á la persecucion y la derrota, y dió tiempo para que escapasen de sus manos las reliquias del ejército filisteo. Fué completa la victoria sin que tuviese otra costa á los Israelitas que su conversion entera á la religion de sus padres. Samuel, que la habia conseguido del Cielo con sus fervorosas súplicas, quiso manifestar luego su reconocimiento y con-

servar la memoria de este milagroso suceso. Para esto colocó con solémnidad, y fijó hondamente una gran piedra entre Masfa y Sen, en el sitio que habian sido derrotados los Filisteos y la llamó *Piedra del socorro*, porque el Señor les habia socorrido allí contra sus enemigos.

Paz y tranquilidad en Israel.

Humillados y abatidos los Filisteos con esta gran derrota, ya no se atrevian á tocar en el tiempo de Samuel á los términos de Israel. Este recobró las ciudades que le habian tomado los Filisteos desde Acaron hasta Get, y Samuel libró á Israel de las manos de estos enemigos. En su tiempo habia paz, dice el sagrado texto, entre Israel y el Amorreo.

La victoria y la paz que acababan de conseguir los hijos de Israel eran efectos de su conversion á Dios, conversion que habia costado á Samuel veinte años de diligencias, esto es, desde los cuarenta de su edad, en que principió á juzgar á Israel, hasta los sesenta en que recogió el fruto de sus trabajos, que le parecieron nada al ver derribados los ídolos, demolidos sus altares, destruidas las supersticiones, humillados los Filisteos y puestos en respeto á todos los enemigos de su pueblo. Desde aquí, no teniendo los hijos de Israel mas que un carazon y un deseo, andaban unidos por los caminos de la inocencia y todos concurrían con su santo juez á hacer que se adorase únicamente al Dios de sus padres. Ya no se oía hablar en Israel de Astarotes ni Baales, y solo el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se pronunciaba en el pueblo del Señor. Acaso no vió Moisés en medio de soledades al pueblo de Israel tan puro y libre de idolatria como le llegó á ver Samuel rodeado de naciones idólatras. ¡ Dichosos días que deberian ser perpetuos en un pueblo que el Señor se habia escogido!

Samuel seguia trabajando sin descanso en asegurar su

obra. Recorria las principales ciudades, arreglaba los negocios, animaba á la perseverancia, y sostenia á Israel en los caminos de la religion, la piedad y la justicia. Samuel era de todos y para todos, pero esta misma actividad, estos continuos afanes consumian sus fuerzas, y su ancianidad llegó, por decirlo así, antes de tiempo. Solo tenia sesenta y un años y ya juzgó necesario algun alivio para no sucumbir bajo el peso de los negocios, ó permitir que estos sufriesen grandes atrasos con perjuicio de la religion y del estado. Tenia dos hijos, Joel y Abia, y descargó sobre ellos una parte del peso que habia llevado solo por mas de veinte años. Les envió á la ciudad de Bersabé para que gobernasen y juzgasen la parte del mediodía, reservándose á sí solo los negocios que tocasen á toda la nacion, y la apelacion y vista de los procesos en última instancia; pero los hijos de Samuel no imitaron las virtudes de su padre.

Por este ejemplo y otros muchos se ve que la virtud no es hereditaria ni pasa de padres á hijos con la sangre, sino que es un puro don de la liberalidad del Señor, que se consigue correspondiendo á las inspiraciones de la gracia que á todos llama á practicarla. Samuel era un santo é hijo de un padre virtuoso y de una madre santa, y cuidó de criar sus hijos en el santo temor de Dios. Sin embargo vemos que degeneraron de la virtud de sus abuelos y de su padre. La buena educacion y el buen ejemplo son un deber riguroso de los padres, pero no hasta cumplir estos deberes; es necesario además pedir mucho al Señor aquella gracia que hace á los hijos dóciles y virtuosos, porque la virtud ya he dicho que es un don celestial, y no se adquiere con la educacion solamente. Aun orando mucho, no se consigue siempre, porque es un don gratuito, y de esto es una prueba la familia de Samuel.

Sus hijos no anduvieron, dice el historiador sagrado, por los caminos del (padre) sino que se desviaron en seguimiento de la avaricia y recibieron regalos y pervir-

tieron la justicia. ¡Cuándo acabarán de creer las autoridades y los jueces que no caben en un tribunal los regalos y la justicia! Los hijos de Samuel la vendieron por ellos, y las consecuencias fueron terribles. Se juntaron todos los ancianos de Israel, y vinieron á Samuel que estaba en Ramata y le dijeron: Bien ves que tú has envejecido, y que tus hijos no andan por tus caminos; establécenos un rey que nos juzgue, así como tienen las demás naciones. Esta peticion fué un insulto á Dios, y un desprecio de su ministro, y aunque no era la mas rigurosa consecuencia de las injusticias de los hijos de Samuel, estas fueron la ocasion y el motivo de una peticion tan violenta.

Desde que los hijos de Jacob llegaron á formar cuerpo de nacion, no habian tenido otro rey que su Dios, y podian gloriarse de vivir, no solo bajo el mas dulce y suave gobierno del mundo, sino tambien bajo el mas sábio y poderoso. Siempre dichosos mientras que eran fieles, no sufrieron otras desgracias que las que les atrajeron sus infidelidades. Ellos tenian en la mano el remedio de sus males. No necesitaban sino volverse á Dios y estaban curados. Sin embargo esta descendencia escogida para ser especialmente el pueblo del Señor, se cansó de un gobierno tan feliz, y en vez de la sencillez de sus jueces quiso el aparato de los reyes. Quiso salir del gobierno de Dios y ponerse bajo el gobierno de los hombres. ¡Querer lastimoso! ¡Querer extremadamente injurioso á la bondad del Señor! No porque el gobierno de los hombres sea malo, sino porque se prefiere aquí al gobierno de Dios.

Samuel era un justo, y sufrió sin quejarse la ingratitude con que se correspondia á sus beneficios de veinte años; pero no pudo sufrir la enorme injuria que se hacia al Señor, y sin contestar ni una sola palabra á la pretension de los ancianos, se retiró á su oratorio á pedir al Señor por un pueblo que amaba, no obstante su ingratitude, y á consultarle sobre una pretension que se

dirigia á mudar nada menos que su divino gobierno. Oye, dijo el Señor á Samuel, oye la voz del pueblo en todo lo que te hablan, porque no es á ti á quien han desechado, sino á mí, para que no reine sobre ellos. Conforme á todas las obras que han hecho desde que les saqué de Egipto hasta este dia, como me dejaron á mí y sirvieron á dioses ajenos; así lo hacen tambien contigo. Anda, oye su voz.

Gran misericordia habria sido para este ingrato y desacordado pueblo que el Señor hubiera desechado su injusta y fatal demanda y le hubiera obligado á permanecer en el gobierno feliz de que queria eximirse; pero habiéndose hecho indigno de esta misericordia, mereció ser castigado con la concesion de lo que pedia. Esta peticion fué, por decirlo así, un ensayo que hicieron los Israelitas de la que once siglos despues hicieron sus descendientes á Pilatos, renunciando el gobierno real para conseguir la muerte de Jesucristo. No te detengas en crucificarle porque nosotros, le dijeron, no tenemos rey, sino César. Así esta nacion la mas grande del mundo en las felicidades y en los infortunios, renunciando primero el gobierno del Señor, y despues el de sus reyes, vino á quedar, como habia dicho un profeta, sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin efod, sin teráfines, en una palabra, dispersa por todo el mundo, sin gobierno ni cuerpo de nacion.

Samuel despues de haber consultado al Señor, volvió á los ancianos y les hizo presentes de su órden los derechos del rey que querian reinase sobre ellos. Este será, les dijo, el derecho del rey que ha de mandar sobre vosotros. Tomará vuestros hijos y los pondrá para el servicio de sus carruajes, y los hará ser sus guardias de á caballo, y que corran delante de sus carrozas; y los hará sus tribunos, y centuriones, y aradores de sus campos y segadores de sus mieses, y fabricantes de sus armas y de sus carros. Tambien hará á vuestras hijas sus perfumeras, y sus cocineras y sus panaderas. Tomará asi-

mismo lo mejor de vuestros campos y de vuestras viñas y de vuestros olivares y lo dará á sus siervos; y diezmará vuestras mieses y los productos de vuestras viñas para darlo á sus cortesanos y criados. Tomará además vuestros siervos y vuestras siervas, y vuestros mozos mas robustos y vuestros asnos, y los aplicará á sus labores. Diezmará tambien vuestros rebaños, y vosotros seréis sus siervos y clamaréis entonces por libraros del rey que os habeis elegido, y no os oirá el Señor en aquel dia porque pedisteis tener rey.

Si los ancianos y el pueblo fueran aun capaces de remedio, ninguno podia ser mas eficaz para desistir de su pretension que la relacion que de órden del Señor les hacia aquí Samuel de los derechos y exigencias de un rey; muchos mas, cuando nunca habian sufrido ni derechos ni exigencias de los que les habian gobernado hasta entonces; porque un juez nada les costaba. Un juez se encargaba de todos los negocios sin otro interés que el de la religion y el bien público, y sin exigir otros pagos que los necesarios para estos dos objetos. Un juez era el administrador de la nacion y llevaba todo el peso; mas no por eso venia á ser ni mas poderoso ni mas rico. No habia necesidad de contribuir, ni para su adorno, ni para el de sus casas, ni para el mantenimiento de sus equipajes, ni para el pago de sus cortesanos, ni para la magnificencia de su tren... en una palabra, no habia necesidad de sostener el trono y dorar la corona, porque un juez en su judicatura conservaba toda la sencillez y llaneza de los demás particulares.

Á pesar de todo esto, ninguna impresion hizo el discurso de Samuel en el espíritu, ni de los ancianos, ni del pueblo que se habia reunido, y todos á una respondieron: No, no; porque rey habrá sobre nosotros, y seremos nosotros como todas las gentes, y nos juzgará nuestro rey y saldrá delante de nosotros y peleará por nosotros nuestras guerras. Oyó Samuel todas las palabras de los ancianos y del pueblo, y luego se retiró á consultarlas

con el Señor, y el Señor le dijo : Oye su voz y pon rey sobre ellos. Volvió Samuel y dijo á los varones de Israel de órden del Señor : Váyase cada uno á su ciudad. Los ancianos y todo el pueblo se retiraron á sus casas, pero con un género de confusion y desconfianza sobre los resultados que tendria este gran negocio.

Se habia reservado el Señor la eleccion de rey, y para esto dispuso una de aquellas casualidades que, cuanta menos conexión tienen con los sucesos que las siguen, tanto son mas á propósito para distinguir las obras de Dios de las obras de los hombres

HISTORIA DE LOS REYES DE ISRAEL.

SAUL, PRIMER REY.

Habia un varon de la ciudad de Gabaa, de la tribu de Benjamin, llamado Cis, de muchas fuerzas. Tenia un hijo que se llamaba Saul, fuerte como su padre, y el mas bien formado y de mejor presencia de todo el pais. Desde los hombros arriba sobrepujaba á todos los Israelitas. Se perdieron á Cis unas pollinas, y dijo á Saul su hijo : Toma un criado y vé á buscarlas. Salieron Saul y el criado, y despues de haber atravesado el monte de Efrain y la tierra de Salisa sin hallarlas, pasaron tambien por la tierra de Salim y de Yemini hasta llegar á la tierra de Suf y no las encontraron. Entonces dijo Saul al criado : Volvámonos, no sea que mi padre, olvidado de las asnas, esté cuidadoso por nosotros ; pero el criado dijo á Saul : Hay en esta ciudad (Ramata patria de Samuel) un varon de Dios, varon insigne. Todo lo que dice, se cumple indudablemente. Ahora, pues, vamos allá

y veamos si nos da algun indicio sobre el motivo de nuestro viaje, y dijo Saul al criado : Bien, irémos ; pero ¿qué le llevarémos? Nos ha faltado el pan en nuestras alforjas, y no tenemos dinero, ni alguna otra cosa que dar al hombre de Dios (ignoraban que Samuel no tomaba dádivas). Entonces dijo el criado : Hé aquí la cuarta parte de un estáter de plata (dos reales escasos). Se la daremos al hombre de Dios para que nos declare nuestro camino (lo que debemos hacer). Advierte aquí el historiador sagrado que antiguamente en Israel todo el que iba á consultar al Señor, decia así : Venid y vamos al Vidente, porque el que se llama hoy profeta, se llamaba entonces Vidente. Saul dijo á su criado : Vamos, y se dirigieron á la ciudad de Ramata, donde estaba el varon de Dios. Cuando subian encontraron con unas muchachas que salian de la ciudad por agua y las preguntaron : ¿Está aquí el Vidente? aquí esta dijeron ellas ; pero dáos prisa, porque hoy ha venido á la ciudad por ser el sacrificio del pueblo en el lugar que llaman Alto. Entrando en la ciudad, luego le hallaréis antes que suba á comer al lugar Alto.

Entraron en la ciudad, y cuando iban por medio de ella se dejó ver Samuel que venia á su encuentro. El Señor habia dicho á Samuel el dia antes que llegara Saul : Mañana á esta misma hora enviaré á ti un hombre de la tierra de Benjamin, y le ungirás por caudillo sobre mi pueblo de Israel, y salvará á mi pueblo de la mano de los Filisteos, porque me he compadecido de mi pueblo, pues su clamor ha venido á mi ; y habiendo mirado Samuel á Saul, le dijo el Señor : Ese es el hombre que te dije. El reinará sobre mi pueblo. Luego que llegó Samuel, le preguntó Saul, ¿dónde está la casa del Vidente? y respondió Samuel : Yo soy el Vidente. Sube delante de mí al lugar Alto para que comas hoy conmigo y te despacharé por la mañana, y te indicaré todas las cosas que hay en tu corazon ; y de las pollinas que perdiste antes de ayer no estes con cuidado, porque ya se han encon-